

el suelo, escuchaba y seguía con los ojos cómo iluminaban su nobleza.

A poco, el tío Simón, que iba á la huerta con su azada al hombro, se detuvo para mirar el trabajo; y habiendo trascendido á ambas granjas la llegada de Bataille, no tardaron en presentarse las mujeres de los colonos. Extasiábanse, puestas de pie á un lado y otro de la baronesa, y repetían:

—Ya hace falta ser diestro para hacer ahí esas cosas.

Hasta las once del día siguiente no pudieron quedar concluídos los escudos de las dos portezuelas. Toda la gente estaba allí, y sacaron fuera la carretela para juzgar mejor.

Estaba perfectamente, y felicitaron á Bataille, que se marchó con su caja á la espalda. Y el barón, su mujer, Juana y Julián convinieron en que el pintor era hombre de grandes recursos que, si las circunstancias se lo hubieran permitido, hubiera llegado á ser un artista.

Pero, por razones de economía, Julián había realizado reformas que necesitaban nuevas modificaciones.

El viejo cochero se había transformado en

jardinero, y habiendo vendido las carrozas para no tener que pagarles su entretenimiento, el mismo vizconde se encargó de guiar.

Además, como se necesitaba que alguien tuviera los caballos cuando los amos se apeasen, hizo lacayo á un joven vaquero llamado Mario.

Por último, para procurarse caballos, introdujo en el arrendamiento de los Couillard y de los Martín una cláusula especial, que los obligaba á dar cada uno de ellos un caballo, un día de cada mes, y en fecha fijada por Julián, dispensándoseles en cambio de la contribución en aves.

Los Couillard llevaron una gran jacucha de pelo amarillo, y los Martín un pequeño caballo blanco de pelo largo; uno y otro fueron enganchados juntos, y Mario, ahogado en una vieja librea del tío Simón, condujo este tren delante de la escalinata del castillo.

Julián, limpio y lavado, había vuelto á recobrar algo de su pasada elegancia; pero su larga barba le daba aspecto vulgar.

La baronesa, que bajó trabajosamente de su cuarto apoyada en el brazo de su marido, subió al coche y se sentó, sostenida la espalda con cojines. Juana salió á su vez. Primero, se echó á

reír del aparejamiento de los dos caballos; el blanco, decía, era nieto del amarillo; luego, al ver á Mario con la cara hundida en su sombrero de escarapela, cuyo descenso sólo estaba limitado por las narices del muchacho, las manos ocultas en la profundidad de las mangas, y las piernas arropadas en los faldones de su librea, bajo la cual salían sus pies, calzados por unos grandes zapatones; cuando le vió echar atrás la cabeza para mirar, alzar la rodilla para dar un paso como si fuera á cruzar un río, y revolverse como un cojo para obedecer las órdenes que se le daban, perdido por completo, oculto en la amplitud de su traje, sintióse atacada de una risa invencible, que no tenía término.

Volvióse el barón, miró al avergonzado muchacho, y cediendo al contagio, rompió á reír llamando á su mujer y sin poder hablar:

—¡Mi-ra... Ma-Ma-riol!... ¡Tie-ne gra-cial ¡Dios mío, tie-ne gra-cial!

Entonces la baronesa, inclinándose sobre la portezuela y mirándole, se sintió sacudida por tal crisis de alegría, que toda la carretela bailaba sobre sus muelles.

Julián, pálido, preguntó:

—¿Pero qué os pasa para reiros así? ¡Parecéis locos!

Juana, enferma, convulsa, incapaz de tranquilizarse de repente, se sentó en un peldaño de la escalinata. El barón hizo lo mismo; y, dentro de la carretela, unos estornudos convulsivos, una especie de hipo continuo decían que la baronesa se ahogaba. Y, de pronto, la levita de Mario empezó á palpar; sin duda el muchacho había comprendido, porque se reía con todas sus fuerzas desde el fondo de su extraño traje.

Entonces Julián, irritado, se precipitó sobre él. De un bofetón separó la cabeza del pobre chico del sombrero, que voló sobre el césped; luego, volviéndose hacia su suegro, balbuceó con voz que la cólera hacía temblar:

—Creo que no sois vos quien debía reirse: si no hubiérais derrochado vuestra fortuna, si no os hubiérais comido vuestro capital, ¿estaríamos así? ¿Quién tiene la culpa de que os hayáis arruinado?

Toda la alegría cesó en el momento. Nadie pronunció una palabra. Juana, que ahora sentía ganas de llorar, subió al lado de su madre. El baron, sorprendido y mudo, sentóse enfrente de

las dos mujeres; y Julián, instalándose en el asiento, vió á su lado al niño que lloraba y cuya mejilla iba hinchándose.

El camino fué triste y pareció largo. Todos callaban en el coche. Los tres, preocupados y sombríos, no querían confesarse lo que les molestaba. Comprendían que no hubieran podido hablar de otra cosa. De tal modo les martirizaba aquel pensamiento doloroso, que preferían callarse á ahondar aquel penoso asunto.

Al trote desigual de los dos animales, la carretela pasaba á lo largo de los patios de las granjas, hacía huir á toda prisa algunas gallinas negras que, espantadas, metíanse y desaparecían por los vallados; corría á veces perseguido por un mastín que aullaba, y que pronto tornaba á su casa, con el pelo erizado, volviéndose otra vez para ladrar hacia el coche. Un chico con zapatos enlodados, de largas piernas, que andaba por allí con las manos metidas en los bolsillos, la blusa azul, ahuecada por el viento, hacía la espalda, separábase para dejar paso al coche, y se quitaba torpemente la gorra, dejando ver sus cabellos lacios pegados al cráneo.

Y entre granja y granja extendíase el campo,

interrumpido á lo lejos por otras granjas situadas de trecho en trecho.

Por fin entraron en una gran calle de abetos, lindante al camino. Los baches, enlodados y profundos, hacían que la carretela vacilase, y mamaíta prorrumpía en gritos. Al fin de la avenida había una empalizada blanca, cerrada. Mario fué á abrirla, dando una gran vuelta para llegar por un camino llano, por delante de un alto, vasto y triste edificio, cuyas ventanas estaban cerradas.

Abrióse de pronto la puerta del centro; y un viejo criado, vestido con chaleco rojo con rayas negras, que cubría en parte su mandil de servicio, bajó á lentos pasos los peldaños de la escalinata. Pidió su nombre á los visitantes y los introdujo en un espacioso salón cuyas ventanas, cerradas constantemente, abrió con gran trabajo. Los muebles estaban cubiertos con fundas, el reloj y los candelabros envueltos en un lienzo blanco; y un aire húmedo, un aire de otros tiempos, húmedo, helado, parecía impregnar de tristeza los pulmones, el corazón y la piel.

Sentáronse todos y esperaron. Pasos que se

oían en el corredor de encima de la sala anunciaban un apresuramiento nada habitual. Sorprendidos los castellanos se vestían de prisa y corriendo. Esto duró mucho. Una campanilla sonó varias veces. Otros pasos bajaron por una escalera, luego subieron.

La baronesa, invadida por el frío, estornudaba con exceso. Julián se paseaba por el salón. Juana, triste, permanecía sentada junto á su madre; y el barón, apoyado en el mármol de la chimenea, seguía con la frente baja.

Giró, por fin, una de las altas puertas, y dió paso á los vizcondes de Briseville. Los dos eran bajitos, delgaduchos, andaban á saltitos, no tenían edad apreciable, eran ceremoniosos y tímidos. La mujer, con un traje de seda rameada, cubierta con un gorrito de cintas, hablaba rápidamente, con voz agria. Su marido, envuelto en una estrecha levita muy pomposa, saludaba encogiendo las rodillas. Su nariz, sus ojos, sus dientes desportillados, sus cabellos que parecían encerados y su traje de etiqueta, tenían ese lustre de las cosas muy cuidadas.

Después de los primeros cumplidos de bienvenida y cortesías de vecindad, nadie sabía de

qué hablar. Sin motivo se felicitaron unos á otros. Era de esperar que se conservasen siempre aquellas relaciones de amistad. Cuando se vive todo el año en el campo, el visitarse es un recurso.

Y la atmósfera glacial del salón se metía en los huesos, estrechaba las gargantas. Ahora, la baronesa, sin dejar por eso de estornudar, tosía. Entónces el barón dió la señal de la partida. Los Briseville insistieron:

—¿Cómo? ¿Tan pronto? Quedaos un poco más.

Pero Juana se había levantado sin hacer caso de las señas de Julián, á quien le parecía corta la visita.

Quisieron llamar al criado para que hiciese adelantar el carruaje; pero la campanilla no sonaba. El dueño de la casa se levantó y salió, y luego vino á decir que habían llevado los caballos á la cuadra.

Tuvieron que aguardar. Buscaban todos una frase, una palabra que decir. Hablaron del invierno, que era lluvioso. Juana, con estremecimientos de angustia, preguntó lo que podían hacerse sus huéspedes, solos allí durante todo

el año. Pero los Briseville se admiraron de la pregunta, porque estaban constantemente ocupados, escribiendo muchas veces á sus nobles parientes, diseminados por toda Francia, empleando los días en microscópicas tareas, ceremoniosos uno con otro como si hubiera extraños delante, y hablando solemnemente de los más insignificantes asuntos.

. Y bajo el alto techo ennegrecido del vasto salón inhabitado, todo envuelto en telas, el hombre y la mujer, tan pequeños, tan limpios, tan correctos, parecían á los ojos de Juana como nobles en conserva.

Por fin pasó el coche ante las ventanas con sus dos caballos desiguales. Pero Mario había desaparecido. Creyéndose libre hasta la noche, había ido, sin duda, á dar una vuelta por el campo.

Julián, furioso, rogó que le enviasen á pie cuando viniera; y después de mucho saludo por una y otra parte, tomaron el camino de los *Pueblos*.

En cuanto estuvieron encerrados en la carretela, Juana y su padre, á pesar de la pesada obsesión que aún les quedaba por la brutalidad de

Julián, se echaron á reir, imitando los gestos y entonaciones de los Briseville. El barón simulaba al marido, Juana á la mujer, pero la baronesa, algo herida en sus prejuicios, les dijo:

—Hacéis mal en reiros de ese modo; son personas muy correctas, que pertenecen, á excelentes familias.

Callaron para no contrariar á mamaíta; pero, de cuando en cuando, y á pesar de todo, Juana y su padre se miraban y volvían á empezar. El barón saludaba ceremoniosamente y decía con tono solemne:—¿Debe ser muy frío vuestro castillo de los *Fueblos* con este aire del mar que le azota todo el día?—Ella tomaba un aire afectado, haciendo monerías con un pequeño movimiento de cabeza, parecido al de un pato bañándose, añadía:—«¡Oh! ¡Aquí tengo en qué ocuparme todo el año! Además, ¡tenemos tantos parientes á quienes escribir! Y M. de Briseville me lo deja á mí todo, mientras él se ocupa en sabias investigaciones con el padre Fille. Están haciendo juntos la historia religiosa de Normandía.»

La baronesa, á su vez, se sonreía, y con tono de benevolencia murmuraba:

—No está bien que nos riamos de este modo de personas de nuestra clase.

Pero, de pronto, el coche se detuvo, y se oyó que Julián, volviéndose, llamaba á alguien. Entonces Juana, y el barón, asomándose á las portezuelas, vieron á un ser raro que parecía rodar hacia ellos. Embarazadas las piernas en la falda flotante de su librea, ciego por su sombrero que se movía sin cesar, agitando sus mangas como aspas de molino, patullando en los grandes charcos que atravesaba corriendo desenfundadamente, tropezando contra todas las piedras del camino, saltando y cubierto de lodo, Mario seguía el carruaje con toda la velocidad de sus piernas.

En cuanto le echó mano Julián, inclinándose sobre el asiento, le llamó junto á él, y soltando las riendas, se puso á acribillar á puñetazos el sombrero, que se le hundió al muchacho hasta los hombros, sonando como un tambor. Dentro de él, aullaba el chico, tratando de huir, de saltar del pescante, mientras su amo, sujetándole con una mano, seguía pegándole con la otra.

Juana, fuera de sí, balbuceaba:

—¡Padre! ¡Padre!

Y la baronesa, indignada, apretaba el brazo de su marido:

—¡Pero evitad eso, Jacobo!

Entonces, bruscamente, el barón bajó el vidrio de la bigotera, y cogiendo la manga de su yerno, le increpó con voz trémula:

—¿Habéis acabado de pegar á ese niño?

Julián, estupefacto, se volvió:

—¿No véis cómo ha puesto el canalla su librea?

Pero el barón, sacando la cabeza entre ambos:

—¿Qué me importa á mí eso? Nadie debe ser severo hasta ese punto.

Julián volvió á incomodarse.

—¡Haced el favor de dejarme en paz! ¡Esto no os importa!

Y otra vez levantó la mano; pero su suegro se la cogió bruscamente, y le hizo que la bajase con tanta fuerza, que chocó con la madera del asiento; y tan violentamente exclamó:

—Si no cesáis, bajo, y yo os haré que le dejéis,—que el vizconde se serenó de pronto, y encogiéndose de hombros, sin contestar, arreó los caballos, que partieron al galope.

Lívidas, las dos mujeres apenas se movían; y oíanse distintamente los fuertes latidos del corazón de la baronesa.

A la hora de comer, Julián estuvo más amable que de costumbre, como si nada hubiera pasado. Juana, su padre y mamá Adelaida, que en su benevolencia tranquila olvidaban pronto, encantados de verle tan amable, dejábanse ir á la alegría con la sensación del bienestar de los convalecientes; y como volvió á hablar de los Briseville, su marido tomó parte en la broma; pero añadió en seguida:

—No importa: tienen aire de nobleza.

Como todos temían reavivar la cuestión de Mario, no hicieron más visitas. Unicamente decidieron enviar tarjetas á los vecinos el día de año nuevo, y aguardar, para verlos, los primeros días tibios de la próxima primavera.

Vino Navidad, é invitaron á comer al cura y al alcalde y su mujer, volviéndoles á invitar el día de año nuevo. Estas fueron las únicas distracciones que rompieron el monótono encadenamiento de los días.

El barón y mamaíta debían salir de los *Pueblos* el día 9 de Enero; Juana quería detenerlos,

pero Julián no ponía empeño en que se quedasen; y ante la frialdad creciente de su yerno, el barón mandó venir de Rouen una silla de posta.

La víspera de su partida, hechas ya las maletas, y al ver que hacía un día claro, Juana y su padre resolvieron bajar hasta Iport, donde no habían estado desde la vuelta de Córcega.

Atravesaron el bosque que la joven había recorrido la víspera de su matrimonio, en unión de aquel cuya eterna compañera iba á ser, aquel bosque donde había recibido su primera caricia, donde había sentido el primer estremecimiento, donde había presentido ese amor sensual que no debía conocer hasta encontrarse en el salvaje valle de Ota, cerca de la fuente en que ella y Julián habían bebido, mezclando sus besos en el agua.

Ya no había allí hojas, ni hierbas trepadoras, nada más que el ruido de las ramas, y ese seco rumor que en invierno tienen los árboles desnudos.

Entraron en la aldehuela. Las calles vacías, silenciosas, tenían olor á mar, á algas, á pescado. Las vastas redes, curtidas, seguían secán-

dose, extendidas delante de las puertas ó sobre guijarros. El mar, gris y frío, con su eterna y gruñidora espuma, empezaba á bajar, descubriendo, en la dirección de Fécamp, las rocas verdosas al pie de la costa. Y á lo largo de la playa, las grandes barcas, echadas sobre un costado, parecían grandes pescados muertos. Caía la tarde, y los pescadores venían por grupos, andando pesadamente con sus grandes botas marinas, el cuello envuelto en lana, un litro de aguardiente en una mano y el farol de la barca en la otra. Durante mucho tiempo giraron alrededor de las inclinadas embarcaciones, metiendo en ellas, con lentitud verdaderamente normanda, sus redes, sus boyas, un pan grande, un puchero de manteca, un vaso y una botella de aguardiente; luego empujaban al agua la barca, ya derecha, que resbalaba ruidosamente sobre los rodillos, hendía la espuma, trepaba sobre la ola, mecíase durante unos cuantos momentos, abría sus oscuras alas, y desaparecía en la noche, con su lucecilla en el extremo del mástil.

Y las altas mujeres de los marineros, cuyas rudas formas resaltaban bajo las delgadas ropas,

detenidas en la playa hasta la partida del último pescador, volvían á la aldea, dormida aún, turbando con sus voces chillonas el pesado sueño de las sombrías calles.

Inmóviles, el barón y Juana contemplaban cómo se perdían en la sombra aquellos hombres que de este modo iban diariamente á arriesgar su vida para no carecer de pan, y que tan pobres eran, sin embargo, que no comían carne nunca.

El barón, entusiasmándose á la vista del Océano, murmuró:

—Esto es hermoso y terrible. ¡Qué grandioso es este mar, envuelto en tinieblas, y sobre el cual hay tantas existencias en peligro! ¿Verdad, Juana?

La joven, con sonrisa helada, le contestó:

—Más me gusta el Mediterráneo.

Pero su padre, indignándose:

—¡El Mediterráneo!—exclamó—Aceite, agua con azúcar, agua azul en un vaso de lejía. ¡Mira éste qué imponente es, con sus crestas de espuma! Y piensa en todos esos hombres que se han ido y á quienes ya no se les ve.

Juana convino con su padre, diciéndole:



—Sí, como quieras.

Pero aquella palabra «¡el Mediterráneo!» que había acudido á sus labios, habíala nuevamente mordido en el corazón, transportando su pensamiento hacia los países lejanos en que yacían sus sueños.

Entonces, en lugar de volver por los bosques, padre é hija ganaron el camino y subieron la costa á pasos lentos. Entristecidos por la próxima separación, apenas hablaban.

De cuando en cuando, y conforme pasaban de largo por las cercas de las granjas, olor de manzanas apiladas, ese olor á limón fresco que en este tiempo parece como que flota en toda la campiña normanda, los azotaba el rostro, ó bien un perfume de establo, ese bueno y cálido aroma que se escapa del vaho de las vacas. En el fondo del patio, una ventanilla iluminada decía cuáles eran las habitaciones ocupadas.

Y Juana creía que su alma se ensanchaba; comprendía cosas invisibles, y aquellas lucecillas diseminadas por el campo la dieron de pronto la viva sensación del aislamiento de las criaturas á quienes todo desune, todo separa

todo arrastra lejos de cuanto quisieran amar.

Y exclamó con resignación:

—¡No es alegre la vida!

El barón suspiró:

—¡Qué quieres, hijita! No podemos cambiarla.

Y al otro día papá y mamá partieron, y Juana y Julián se quedaron solos en su casa.